



El Gran Encuentro de Dos Mundos

FRANCISCO MISAEL MONTOYA VELAZQUEZ



Mateo siempre contemplaba el inmenso mar azul preguntándose qué secretos se ocultaban más allá del horizonte. Junto al marinero Cristóbal Colón, el joven grumete soñaba con descubrir una nueva ruta hacia tierras lejanas llenas de maravillas.



En el puerto de Palos, tres imponentes embarcaciones de madera llamadas La Niña, La Pinta y La Santa María desplegaron sus majestuosas velas. Con el viento a favor y los corazones rebosantes de ilusión, la valiente tripulación inició su viaje por el vasto océano Atlántico.



Pasaron muchas semanas navegando bajo un cielo infinito salpicado de estrellas brillantes. La tripulación observaba el mar con paciencia y esperanza, confiando en que las brújulas y los mapas los guiarían hacia su destino.



Una mañana radiante, la inquietud de los marineros se convirtió en alegría al ver pequeñas aves marinas volando cerca de los mástiles. Ramas con hojas verdes flotaban suavemente sobre las olas, anunciando que la tierra estaba muy cerca.



De repente, la voz del marinero Rodrigo de Triana resonó llena de júbilo gritando tierra a la vista. Ante sus ojos emergió una hermosa isla tropical cubierta de vegetación frondosa, flores coloridas y playas de arena dorada.



En la orilla de la playa, un niño indígena llamado Yaro miraba asombrado las gigantescas casas flotantes con grandes velas blancas. Lleno de curiosidad y junto a los habitantes de la isla, salió de la selva para observar a los desconocidos visitantes.



Mateo y Cristóbal Colón desembarcaron en la orilla sosteniendo pequeñas muestras de afecto como cintas de colores, cascabeles sonoros y cuentas de vidrio brillante. Aquel inolvidable 12 de octubre de 1492, dos mundos totalmente distintos se contemplaron por primera vez.



Yaro y su comunidad recibieron a los viajeros con los brazos abiertos, compartiendo deliciosas frutas frescas, papagayos de plumas brillantes y sonrisas cálidas. Aunque hablaban lenguas diferentes, la amabilidad se convirtió en el idioma universal de aquella tarde.



Mateo y Yaro jugaron cerca del agua intercambiando caracoles marinos y pequeñas manualidades mientras reían juntos. Ambos descubrieron que, a pesar de vestir y vivir de manera diferente, compartían el mismo espíritu alegre y explorador.



Aquel encuentro de dos mundos cambió la historia de la humanidad para siempre, uniendo continentes y culturas en un intercambio inolvidable. Cada 12 de octubre celebramos la riqueza de nuestra diversidad, recordando que el respeto y la amistad hacen del planeta un lugar más hermoso.